

Comete un yerro Demetrio licenciando sus tropas y este yerro le pierde.

Lo que fué arreglado aquí entre el rey y el sumo sacerdote se cumplió fielmente por una y otra parte. Jonatás hizo retirar sus tropas del sitio de la ciudadela, y Demetrio puso á los Judíos en posesion de todos los privilegios que acababa de concederles. Con esto se miraba el rey con mayor paz que en largo tiempo habia gozado alguno de sus antecesores; pero Demetrio cometió aquí un yerro que, no habiéndole remediado, como pudo hacerlo, le precipitó bien pronto en su ruina. Viendo este monarca que la tierra habia callado en su presencia, y que nada le resistia, despidió todos sus soldados cada uno á su casa, sin quedarse con otras tropas que las extranjeras que habia levantado en las islas de las gentes. Esta determinacion tan odiosa por su generalidad, como irritante por su excepcion, á favor únicamente de los extraños, atrajo sobre el rey toda la animadversion de los cuerpos veteranos del pais, que le servian y habian servido tantos años á sus padres. Estos militares antiguos se quejaban altamente de todas las partes del reino, por donde se vieron precisados á derramarse, y manifestaban su resentimiento de un modo digno de temerse. El rey debió atender á esta queja general; pero la despreció y este desprecio atrajo su ruina.

Trifon solicita de Emalcuel que le entregue el jóven Antíoco, hijo del rey Alejandro.

Por desgracia del rey, sustentaba á este tiempo la Siria un monstruo en su seno, que solo esperaba ocasion para hacer sus estragos. Este era Trifon. Pasaba en todo el reino por uno de los grandes ministros que habian servido al rey Alejandro, por cuya causa no era de la con-

fianza del rey Demetrio y vivia retirado y descontento. Cuando supo el disgusto general de las tropas, creyó que habia llegado la ocasion que esperaba. Salió con gran disimulo de Antioquía, y fué á verse con un tal Emalcuel en la Arabia; criaba este con mucho secreto al jóven Antíoco, hijo del difunto rey Alejandro, y Trifon lo sabia. Se presentó á Emalcuel con el empeño de que se le entregase para hacerle reinar en lugar de su padre Alejandro; pero Emalcuel no se determinaba á entregar este real depósito. Trifon le contó individualmente la conducta altanera de Demetrio; el disgusto que esta causaba en todo el reino; la irritacion en que se hallaban las tropas, y por último le aseguró que el ejército, aunque separado estaba dispuesto á reunirse y colocar en el trono al hijo de Alejandro tan luego como se dejase ver en la Siria. Emalcuel, á pesar de estas razones, se resistió por muchos dias á una entrega de tanta consideracion; porque, en efecto, el depósito que guardaba, era de tal precio, que no debia arriesgarse; mas Trifon seguia importunándole, resuelto á permanecer á su vista hasta vencer su resistencia.

Gran conjura de los Antioquenos contra su rey Demetrio.

No tenia Demetrio la menor sospecha de la tempestad que se armaba contra él en el centro de la Arabia; pero experimentaba ya en el centro de su reino las funestas consecuencias del descontento de sus vasallos. Tambien Jonatás se quejaba de que se le faltaba á las palabras, porque las guarniciones del alcázar de Sion, y de las fortalezas vecinas á la Judea, habian vuelto á insultar á los hijos de Israel y á ejercer con ellos sus tiranías, y como estos atropellamientos se aumentaban cada dia, Jonatás se vió precisado á pedir al rey: que echase á los que estaban en ella, puesto que no podia contener en su deber á los que habia puesto para custodiarlas. No solo

esto haré por ti y por tu nacion, contestó el rey, sino que colmaré de honores á ti, y á tu pueblo, cuando fuere oportuno; mas al presente harás bien, si enviases tropas en mi socorro, porque todo mi ejército se ha retirado de mí. Era Jonatás del número de aquellos hombres de bien, que incapaces de ser infieles á sus palabras, lo son tambien de desconfiar de las ajenas. No creyó Jonatás que un gran rey pudiese dar palabras que no quisiese cumplir; y á pesar de los excesos que contra los tratados cometian las guarniciones, y que el buen corazon de Jonatás atribuía, no á voluntad del rey, sino á debilidad de su autoridad, le envió á Antioquía tres mil hombres de sus valientes con orden de servir al rey y defenderle.

Envía Jonatás tres mil de sus valientes, que salvan al rey de las manos de los conjurados.

Este cuerpo de Israelitas se presentó al rey, y á su arribo recibió el rey gran contento. Era ya llegado el momento de que el rey ó pereciese, ó fuese socorrido, y solo podia serlo por soldados semejantes á los que Jonatás enviaba. Prompió repentinamente la conjura, y ciento y veinte mil hombres, todos moradores de Antioquía, se juntaron tumultuosamente para matar al rey. Huyó este á su palacio, y los de la ciudad tomaron todas las calles y comenzaron á combatirle en su casa. No quedaba ya al rey otra esperanza de librarse de la muerte, que el valor de los Israelitas. Pudo dar aviso en su cuartel para que vienesen con la diligencia posible á socorrerle, y luego acudieron y rodearon su palacio y persona. Atacaron á aquella confusa multitud, tan ignorante en el arte de la guerra, como fiera contra su monarca, y la fueron retirando de calle en calle, descargando los terribles golpes de sus espadas, y atravesando con sus lanzas á cuantos querian hacerles resistencia. Los ataques duraron todo el dia, porque los amotinados no cedían sino á los golpes

de la muerte; tres mil Israelitas solos necesitaron de un valor casi increíble para no ser oprimidos por ciento y veinte mil hombres, mas al fin todo lo vencieron. El fuego que ponian por todas partes á la ciudad para distraer la multitud, y los terribles golpes de sus espadas y lanzas hicieron cien mil víctimas, y solo á esta costa pudieron librar al monarca. Cuando los que quedaban en la ciudad, vieron que los Judios se habian apoderado de ella, cayeron de ánimo y clamaron al rey suplicando y diciendo: Dános la diestra (la paz) y cesen los Judios de combatir contra nosotros, y contra la ciudad, y arrojaron las armas é hicieron la paz. Los Judios se adquirieron mucha gloria para con el rey, y para con todos los que estaban en su reino, se adquirieron mucha nombradía y se volvieron á Jerusalem con muchos despojos, único y menguado premio de una accion que encerraba un mérito inmenso. El rey Demetrio se sentó en el trono de su reino, que sin duda habria perdido á no ser por los valientes de Jonatás, y toda la tierra quedó en reposo delante del rey.

Rompe Demetrio la amistad con Jonatás y se niega al cumplimiento de cuanto habia prometido.

Asegurado Demetrio en su trono, escarmentados los revoltosos, y puestos en respeto los maquinadores, creyó que para nada necesitaba ya á Jonatás y rompió con él, sin que se diga ni se sepa porque rompió la amistad. Le envió aquellas valerosas tropas que le habian sacado de las garras de la muerte, sin dar gracias siquiera, y mintiendo á todo lo que habia prometido, se negó descaradamente á cumplirlo; pero no tardó el Señor en castigar esta infidelidad y fea ingratitud. Otro malvado, aun mas perverso que él, estaba disponiendo en la Arabia, como ya vimos, su derribo del trono para subir á ocuparle.

Consigue Trifon que le entregue Emalcuel al joven Antiocho, da aviso á las tropas que habia despedido Demetrio y estas le coronan.

Con sus instancias continuas y con las demostraciones del mayor interés por el bien del joven Antiocho, hijo de Alejandro, consiguió al fin Trifon que Emalcuel le entregase al príncipe niño. Luego que tuvo en su poder este depósito régio, dió aviso á las tropas que habia despedido Demetrio, las que acudieron de todas partes y reconocieron por rey á Antiocho, que aun se hallaba en la edad de diez á doce años. Trifon, como tutor del rey niño, hizo que le coronasen para reinar desde luego bajo de una corona que destinaba para su propia cabeza. Antiocho se halló á muy pocos dias con un fuerte y numeroso ejército, compuesto de todos los cuerpos de tropas veteranas que habia despedido Demetrio. Sorprendido este en gran manera al encontrarse con un nuevo competidor á la corona en el hijo de Alejandro, á quien él la habia disputado, conoció la enorme falta que habia cometido, despidiendo sus tropas y poniéndose á mal con los Israelitas; mas ya no habia remedio. Procuró juntar todo su ejército, y salir al encuentro del nuevo rey que, acompañado de Trifon su tutor y rodeado de tropas veteranas, venia á entrar en Antioquia, capital del reino, y sentarse en el trono de su padre. No tardaron en encontrarse los dos ejércitos.

Batalla entre los ejércitos de Antiocho y Demetrio. Queda este derrotado y huye. Trifon como tutor del rey niño procura traer los Judíos á favor de este niño.

La batalla se dió cerca de la capital, y Demetrio derrotado por aquellos mismos soldados que tan imprudentemente habia despedido, volvió la espalda y huyó. Tri-

fon tomó los elefantes de Demetrio y entró triunfante con su pupilo en Antioquia. El primer cuidado de Trifon, luego que se apoderó de la corte, fué ganarse á los Judíos, empeñándolos á que abrazasen el partido de un rey niño, hijo del rey Alejandro, que habia sido hasta la muerte su bienhechor y su aliado contra el rey Demetrio, que no habia pagado los servicios que le habian hecho sino con grandes ingratitudes y mayores infidelidades. Para esto escribió el joven Antiocho á Jonatás la carta siguiente.

Carta del joven Antiocho á Jonatás.

« Te confirmo, le dice, en el sacerdocio y te constituí sobre las cuatro ciudades (las tres dichas, y Tolemáida) y quiero que seas de los amigos del rey: » y le envió vasos de oro para su servicio, y le dió facultad de beber en copa de oro, de vestir de púrpura y de llevar el broche de oro; y á Simon su hermano le hizo gobernador desde los términos de Tiro hasta los confines de Egipto. Con mercedes tan grandes y anticipadas á Jonatás y con el nombramiento de gobernador á Simon de un terreno tan considerable, intentaba Trifon empeñarles á que sometiesen al nuevo rey las plazas que en aquel gobierno aun no habian dejado de reconocer á Demetrio. Y no le engañó la esperanza.

Acepta Jonatás la alianza con Antiocho y sale á recorrer las ciudades de la otra parte del Jordán.

Aceptó Jonatás la alianza con el joven Antiocho y empezó á trabajar en su favor, como buen aliado. Salió á recorrer las ciudades de la otra parte del rio Jordán, y se reunió en su auxilio todo el ejército que habia allí de la Siria. Con este refuerzo se encaminó á Ascalon, y sa-

lieron los ciudadanos á recibirle con gran aparato. Pasó á Gaza y los de Gaza se encerraron en su ciudad, pero Jonatás les puso sitio, y antes de batirla, saqueó y quemó todos sus alrededores, para que viesen los que se habian encerrado en ella lo que les esperaba. Entonces atemorizados pidieron la paz, y Jonatás se la concedió. Tomó en rehenes los hijos de los principales, los envió á Jerusalem, y costeando el mar, se entró tierra adentro y corrió todo el pais hasta Damasco.

Bate á los generales de Demetrio y se vuelve triunfante á Jerusalem.

Allí supo que los generales del rey Demetrio habian entrado hasta Cades en la Galilea con un grande ejército á fin de obligarle á abandonar los intereses de Antioco para ocuparse en la defensa de su patria. No perdió momento Jonatás en marchar con sus tropas contra ellos. Avanzó hasta el lago de Genesar, y desde allí al campo de Asor. En este valle se encontró con las tropas enemigas, que habian bajado de los montes donde estaban escondidas. Jonatás fué derecho á combatir las; pero al principiar la batalla, salieron emboscadas que habian puesto los enemigos y cargaron á las tropas de Jonatás por la espalda. Estas se asustaron y todas huyeron, sin que quedasen con Jonatás mas que el general Matatías, hijo de Absolomi, el comandante Judas, hijo de Calfi, y algunos soldados de sus compañías, que, segun Josefo, fueron como unos cincuenta. Jonatás se halló ahora puntualmente en un lance como aquel en que pereció su hermano Judas. Era preciso resolverse á pelear casi solo contra un ejército numeroso, ó huir de los infieles. Lo primero aparecia una temeridad, y lo segundo era un oprobio. En esta situacion, rasgó sus vestidos, cubrió de tierra su cabeza y oró. Su oracion fué momentánea, pero viva, tierna, fervorosa, confiada y escu-

chada del Señor. Comunicó á su pequeña tropa el fervor divino de que, al salir de ella, se halló poseido. Se puso á su frente y volvió á la carga con un denuedo que, asombrando á los enemigos, les desconcertó y puso en huida. Jonatás con sus fieles compañeros les perseguia fuertemente, y los Israelitas cobardes que habian huido, viendo el triunfo de su general tuvieron grande vergüenza, y corrieron á ayudarle; y lo hicieron con tanta intrepidez y valor, que se conocia su deseo de levar la mancha de su huida. Unidos á Jonatás y sus valientes, fueron batiendo á los enemigos hasta su campamento de Cades, donde estos se salvaron en sus trincheras, despues de haber perdido en aquel dia tres mil hombres á los terribles golpes de la espada de Jonatás y de sus Israelitas. Lleno de gloria el general y sus fieles compañeros, y de contento el resto de su ejército, subieron á Jerusalem á rendir todos gracias al Señor, porque visiblemente era toda suya la victoria; y entonces tuvieron tambien el contento de saber la rendicion de Betsura, que tanto importaba, particularmente á la ciudad santa y á su santo templo.

Toma de la fortaleza de Betsura por Simon, hermano de Jonatás.

Jonatás habia entregado á su hermano Simon un buen número de tropas para el desempeño del vasto territorio de su gobierno, y mientras que el general recorria las costas del mar, subia á Damasco y batia á los enemigos en Galilea, Simon puso sitio á Betsura, plaza fuerte, como ya hemos visto, la batió por muchos dias, y la cercó tan cerradamente, que nada absolutamente podia entrar ni salir de ella. Reducida la guarnicion al último extremo, pidió la paz, y Simon se la concedió, echándola de la ciudad, tomando posesion de esta y poniendo en su lugar una guarnicion nueva de sus propias tropas.

La guarnicion pagana de Betsura incomodaba en gran manera en Jerusalem, y la toma de esta plaza por Simon, acaso fué mas útil para la nacion que la victoria conseguida al mismo tiempo por Jonatás, aunque no de tanta fama ni tan maravillosa.

**Envía Jonatás embajadores á Roma, Lacedemonia
y otras ciudades para renovar sus alianzas.**

Jonatás y Simon, hijos únicos que habian quedado de los cinco del valiente Matatías, sin envidia de las bendiciones que el Señor echaba sobre las empresas de cada uno, trabajaban de concierto en afianzar lo mas posible la tranquilidad de la nacion, y todo parecia ayudar para ello en este tiempo. Su perseguidor Demetrio se veía precisado á mantenerse oculto fuera de su capital. El jóven Antíoco y su tutor Trifon les favorecian; la rendicion de Betsura habia dejado libre y pacífica la entrada y salida en Jerusalem y en el templo; no faltaba mas para sacudir enteramente el yugo de los extranjeros que tomar el alcázar de Sion, y esta conquista habria sido muy del gusto de Jonatás, si pudiera hacerse sin traer sobre sí todas las fuerzas de la Siria; porque todos sus reyes querian conservar en medio de la ciudad santa esta fortaleza que mantenía en su dependencia á Israel. No juzgaron, sin embargo, Jonatás y Simon que fuese tiempo de arriesgar esta empresa, que ya habia principiado su hermano Judas sin éxito. Les pareció mejor hacer y renovar, mientras duraban las turbulencias de la Siria, algunas alianzas que contribuyesen al reposo de su pueblo. Á este fin nombró Jonatás por embajadores á Numenio y Antipatro para que pasasen á Roma á renovar la alianza contraída en tiempo de su hermano Judas, y despues á Lacedemonia y otras ciudades con el mismo objeto. Habiendo recibido los embajadores sus instrucciones, salieron de Jerusa-

len y vinieron á Roma, donde fueron recibidos con la misma benevolencia que los que habia enviado antes su hermano Judas. Introducidos en el senado, manifestaron la comision de que estaban encargados, diciendo: Jonatás sumo sacerdote y la nacion de los Judíos nos han enviado á renovar la amistad y alianza (entre vuestro pueblo y el nuestro) segun lo antiguo; y el senado romano, conviniendo de buena voluntad en la renovacion de amistad y alianza, mandó escribir esta renovacion en los registros públicos, y que se entregase á los embajadores testimonio auténtico de ella. No contento con esto el senado dispuso que se les expidiesen cartas para los principes y gobernadores de los países por donde habian de pasar, mandando que se les tratase como aliados del pueblo romano, y se les diesen escoltas seguras hasta volver á Jerusalem. Satisfechos los embajadores de su negociacion con el pueblo romano, y bajo de su proteccion, pasaron á Lacedemonia y presentaron al senado una carta de Jonatás escrita en estos términos.

Carta de Jonatás á los Lacedemonios.

« Jonatás sumo sacerdote, los ancianos de la nacion judía, sacerdotes y el resto del pueblo á los Lacedemonios, salud. Tiempo ha (como noventa años) que fueron enviadas cartas á Onías sumo sacerdote por Ario, que reinaba entre vosotros, sobre que sois hermanos nuestros, como lo prueba el rescripto que va adjunto; y Onías recibió las cartas en que se hablaba de esta hermandad y amistad entre las dos naciones y trató con mucha honra al que las traía. Nosotros en el día, aunque nada necesitamos, teniendo para nuestro consuelo los Libros santos, que estan en nuestras manos (¡qué fe! ¡qué confianza!), todavía hemos querido enviar (cartas) á vosotros para renovar esta hermandad y amistad, no sea que nos hagamos como extraños para vosotros, por-

que ha pasado mucho tiempo desde que nos escribisteis ; mas sabed que en todo tiempo sin interrupcion, en los dias solemnes y en los demás que conviene, nos acordamos de vosotros en los sacrificios que se ofrecen y en las observancias (de culto divino), como es justo y conviene que se acuerden unos hermanos de otros. Tambien nos alegramos mucho de vuestra prosperidad ; mas en esta parte á nosotros nos han rodeado muchas tribulaciones y muchas guerras, y nos han atacado los reyes que estan en nuestros contornos ; pero no hemos querido seros molestos en estas guerras, ni á los otros aliados nuestros ; porque hemos tenido el socorro del Cielo y hemos sido librados, y nuestros enemigos han sido abatidos. Mas ahora que gozamos de sosiego, hemos elegido á Numenio, hijo de Antíoco, y á Antipatro, hijo de Jason, y los hemos enviado á los Romanos para renovar con ellos la amistad y alianza antigua, y les hemos encargado tambien que pasen á vosotros, os saluden y entreguen nuestra carta sobre la renovacion de nuestra hermandad. Y ahora haréis bien si nos respondiéreis á todo lo que os decimos. »

Carta del rey Ario Lacedemonio á Onías , sumo sacerdote de los Judíos.

Esta carta de Jonatás y el pueblo judío iba acompañada, como hemos dicho, de la de Ario á Onías, cuya copia es la siguiente : « Ario rey de los Lacedemonios á Onías gran sacerdote, salud. Se ha encontrado un escrito que, hablando de los Lacedemonios y Judíos, dice que son hermanos, y descendientes unos y otros de Abraham ; y ahora despues que hemos sabido esto, deseamos que nos digais si os encontrais en paz. Nuestros ganados y todos nuestros bienes son vuestros, y los vuestros son nuestros. Esto es lo que queremos que se os anuncie de nuestra parte. » Los Lacedemonios del

tiempo de Jonatás reconocieron gustosos la hermandad que se habia descubierto en el tiempo de Onías, y renovaron la paz y amistad que reinaba entre estos dos pueblos.

Huyen de Jonatás los generales de Demetrio con su grande ejército.

Mientras que los embajadores de Jonatás negociaban con tan feliz éxito en las cortes extranjeras, parecia que el pueblo de Dios debia disfrutar de la tranquilidad que la última victoria de Jonatás le proporcionaba ; pero el partido de Demetrio no estaba batido enteramente. Retirado este príncipe á los puntos mas lejanos del peligro de caer en las manos de Trifon, enviaba refuerzos á sus generales, que hacian la guerra á Antíoco en el centro del reino ; pero su principal mira la ponian en derrotar á Jonatás, que era la primera fuerza de Antíoco. Llegaron estos generales á reunir un ejército grande, mas numeroso que todos los anteriores, y con él se pusieron en movimiento para ir contra Jonatás ; mas avisado este héroe de sus intenciones, resolvió prevenirlos. Salió de Jerusalem y avanzó hácia la region de Amatite, adonde habian llegado los enemigos, sin darles tiempo á que tocaran ni aun en las fronteras de la Judea. Luego supo que habian dispuesto sorprenderle de noche, y apenas se puso el sol mandó á los suyos que estuviesen en vela sobre las armas toda ella y preparados para pelear ; y puso centinelas multiplicadas y muy avanzadas al rededor del ejército. Cuando supieron los enemigos que Jonatás y los suyos estaban preparados para la batalla, temieron y se estremeció su corazon. Ellos eran unos cobardes, que no querian victoria que les costase una batalla con Jonatás, principalmente desde que este héroe casi solo los habia hecho huir vergonzosamente. Apoderado de ellos el miedo, solo pensaron en alejarse lo mas

posible, y para no ser perseguidos en la huida, encendieron grandes hogueras en su campamento y lograron deslumbrar con ellas á Jonatás, quien no conoció su fuga hasta que aclaró el dia. Entonces corrió en pos de ellos, mas no pudo alcanzarlos, porque habian pasado ya el rio Eleutero. Sabiendo aqui Jonatás que los Arabes Zabadeos habian tomado el partido de Demetrio y perseguian al de su aliado el jóven Antioco, volvió sobre ellos, les derrotó en el primer encuentro y tomó sus despojos. Pasó despues á Damasco y recorrió todo aquel pais buscando los generales de Demetrio, que huian siempre su encuentro.

Simon sofoca el movimiento que hicieron las ciudades marítimas en favor de Demetrio.

Simon entretanto no permaneció siempre en sosiego. Supo que se hacia algun movimiento á favor de Demetrio y de su gobierno en las ciudades marítimas, y luego salió de Jerusalem con un buen cuerpo de tropas y avanzó hasta Ascalon y fortalezas vecinas, y si bien no halló en estas plazas con mucho placer suyo desórdenes grandes que castigar, supo no obstante con sentimiento, que los habitantes de Jope trataban de entregar la plaza y el puerto á los generales de Demetrio. Pasó luego allá, la ocupó sin resistencia y dejando en ella una fuerte guarnicion que la contuviese en su deber, se volvió á Jerusalem. En este tiempo fué tambien cuando Jonatás, despues de perseguir á los generales de Demetrio se volvió á Jerusalem, donde se reunieron estos valientes hermanos.

Jonatás propone á los ancianos el plan de levantar fortalezas por toda la Judea, y es aprobado unánimemente.

Teniendo Jonatás por aliado al rey niño, bajo la tutoría de Trifon, y habiendo puesto en espanto á los generales de Demetrio, se halló en una paz que le proporcionaba poner en ejecucion los proyectos que tenia ideados para el bien de su pueblo. Convocó á los ancianos y les propuso : que seria conveniente levantar fortalezas en toda la Judea, para tenerla en adelante á cubierto de sus enemigos : que era de la mayor necesidad reedificar las murallas de Jerusalem, y levantar un fuerte y alto muro entre la ciudad santa y el alcázar de los impíos, para que no pudiesen tener la menor comunicacion con ella ni proveerse de sus alimentos : que de este modo se evitarian las irrupciones repentinas, que tantas veces habian assolado el pais, y profanado la santa ciudad y su templo : que, si los reyes de Siria volvian á declarar la guerra, las fortalezas que se levantasen por toda la Judea detendrian á los enemigos en las fronteras y necesitarian bastantes sitios y batallas para penetrar y acercase á la capital de Israel ; y sobre todo, que, hechas todas estas obras, Jerusalem vendria á ser la plaza mas fuerte del Asia, luego que se rindiese el alcázar, lo que no podria dejar de suceder, y muy pronto, por el hambre á que se veria reducida la guarnicion, quitándola todo alimento. Este plan del general fué aprobado por unanimidad y con aplausos de todos los ancianos de la nacion.

Principian los trabajos con actividad.

Luego hizo Jonatás principiar los trabajos que miraban á Jerusalem. El muro que habia al oriente de la ciu-

dad, á lo largo del torrente Cedron, estaba arruinado, y este muro fué lo primero que hizo reedificar. Despues hizo reparar la muralla, llamada Cafeta, que estaba tambien muy derrotada. Simon tomó á su cuidado levantar las fortalezas proyectadas por toda la Judea. Pasó al territorio de Sefela, vecino á los Filisteos, é hizo edificar sobre un monte la ciudadela de Adiada, la fortificó en gran manera, la cerró con fuertes puertas, y puso en ella cerrojos y cerraduras incontrastables.

Trifon los interrumpe en parte, entrando con un ejército en la Judea.

En esto se hallaban Jonatás y su hermano, cuando vino á interrumpir los trabajos de Jonatás una agresion en Judea, á la que debía atender con preferencia. Trifon, tutor del jóven Antioco, habiendo pensado en hacerse rey de Asia, ponerse la corona y matar á su pupilo, temiendo que acaso no se lo permitiera Jonatás, sino que le declararia la guerra, andaba buscando ocasion para apoderarse de él y matarle. Tomó este traidor el ejército del rey, ó mas bien el suyo, y avanzó hasta la ciudad de Betsan, muy adentro de la Judea. Haber traspasado los límites, y con un ejército, fué motivo sobrado para alarmar á Jonatás. Juntó luego este cuarenta mil hombres escogidos, sin llamar el cuerpo que mandaba su hermano Simon para no interrumpir la construccion de las fortalezas que estaban á su cargo, y fué á acampar por su parte á Betsan para darle la batalla.

Encierra por engaño á Jonatás en Tolemaida, y mata á los mil hombres que le acompañaban.

Quando Trifon vió que Jonatás habia venido á batirle con tan grandes fuerzas, temió, y siguiendo el genio de

los Griegos de aquel tiempo, ó mas bien el de los traidores de todos los tiempos, disimuló, y mudó, no de intencion, sino de aparato. El ejército que habia traído para prender á Jonatás y matarle, no fué ya sino un ejército que venia á servirle y honrarle. Convidó á Jonatás á que fuese á su campo, donde estaria tan seguro como en medio del suyo, y donde podria tratarse mas fácilmente del bien del reino de Siria y de la nacion de Israel. Jonatás, dejando su ejército á la vista, pasó allá con una escolta suficiente para desbaratar cualquiera traicion ó violencia que se intentase. Trifon le hizo un recibimiento que apenas podria esperarse del amigo mas fiel. Le hizo grandes regalos, le recomendó á todos sus amigos y mandó á todo el ejército que le obedeciese como si fuera á sí mismo. Pasados algunos dias en recíprocas demostraciones de amistad y confianza, dijo Trifon á Jonatás : ¿ Para qué has molestado á tu pueblo, no habiendo guerra entre nosotros? Remítelos á sus casas; quédate con unos pocos; ven conmigo á Tolemaida, y te la entregaré con todos sus fuertes y sus tropas, pues, para eso únicamente he venido. La desconfianza era una calidad con que Jonatás no se acomodaba. Tuvo la desgracia de creer á un traidor sin temor ni cuidado de que este hombre, á quien solo habia hecho servicios, tuviese algun designio malo contra su persona. En esta buena fe despidió su ejército y solo retuvo consigo tres mil hombres, de los cuales envió dos mil á la Galilea, y los mil fueron con él á Tolemaida. Pero luego que Jonatás entró con los suyos en la ciudad, cerraron las puertas de repente los Tolomenses, y sin darles lugar para ponerse en defensa, prendieron á Jonatás y pasaron á cuchillo á todos los que habian entrado con él. Trifon se aprovechó con actividad de este primer golpe. Envio inmediatamente su ejército y caballería á la Galilea, al gran campo de Jezrael, para matar á todos los campañeros de Jonatás (los dos mil hombres que habia enviado á la Galilea); mas ellos, habiendo sabido que Jo-

natás había sido preso y perecido (así se creyó al principio) con todos los que estaban con él, se alentaron los unos á los otros y salieron preparados á la pelea. Viendo los que les perseguían que el combate había de ser por la vida (á la desesperada), se volvieron al campo. Así los dos mil soldados que Jonatás había enviado á la Galilea quedaron libres y se encaminaron á la Judea, donde contaron la muerte dada á traición al gran sacerdote y sus mil compañeros.

La pérdida de Jonatás causó en el pueblo de Dios y en los extranjeros los diversos sentimientos que había causado la de su hermano Judas. Los Israelitas hicieron las mayores demostraciones de pena. Le lloraron muchos días con luto comun de toda la nación y lloraron también á aquellos valientes que habían perecido con él. Por el contrario las naciones vecinas se llenaron de gozo, y se previnieron para acabar con los Israelitas. Ya no tienen caudillo, se decían; ya no tienen quien les ayude. Ahora es tiempo de echarnos sobre ellos y de borrar su memoria de entre los hombres.

Trata de apoderarse de los dos hijos de Jonatás.

Á fuerza de maldades había llegado Trifon al punto que meditaba. Todo lo tenía ya en sus manos: al joven Antíoco, á quien quería usurpar la corona, y al valiente Jonatás, á quien temía que se opusiese á esta usurpación. Ya no le faltaba más que sacrificar estas dos víctimas para subir al trono. Jonatás era el primero con cuya muerte había de empezar á labrarse su corona de sangre; pero tenía dos hijos y el traidor temía que vengarían la muerte de su padre. Por esto quiso más suspender el golpe, que exponerse á que recayese sobre su cabeza, si no sacrificaba á los hijos con el padre. Á fin de apoderarse de ellos dispuso un grande ejército para entrar en la tierra de Judá y desolarla

Simon se pone al frente del pueblo á falta de Jonatás su hermano.

De los cinco hijos de Matatías solo quedaba Simon en disposición de encargarse del gobierno y defensa de la nación. Cuando se hallaba ocupado en alzar fortalezas en la Judea, según se había determinado en el consejo de la nación, supo la desgracia de su hermano y las prevenciones que hacía Trifon contra su patria. Corrió á Jerusalem y encontró al pueblo consternado, sumergido en amargura, y entregado al mayor abatimiento. Al ver esto, arrebatado de un celo digno de su ilustre sangre, y animado del espíritu del Señor derramado sobre su persona, levantó su voz en medio de aquella multitud desconsolada, y les animó diciendo: Vosotros sabéis cuántas peleas hemos sostenido por las leyes y las cosas santas la casa de mi padre, mis hermanos y yo; y en qué angustias nos hemos visto. Peleando por esta santa causa han perecido todos mis hermanos, y yo he quedado solo, mas no permita el Cielo que perdone á mi vida mientras estemos en tribulación; pues no soy yo mejor que mis hermanos. Vengaré, pues, á mi gente, á las cosas santas, á nuestros hijos y á nuestras mujeres de la mano de todas las gentes, que llenas de odio contra nosotros, se han juntado para aniquilarnos. Al oír el pueblo estas palabras se inflamó su espíritu, y respondieron diciendo á gritos: Tú eres nuestra guía en lugar de Judas y Jonatás tus hermanos. Pelea nuestras peleas. Nosotros harémos todo lo que nos mandes.

